



## Sobre palabras y expresiones nuevas

### On new words and expressions

#### María Mare

Universidad Nacional del Comahue  
CONICET

#### Email

mare.purcigliotti@gmail.com

#### ORCID

0000-0002-9250-2467



## 1 | INTRODUCCIÓN

*Todo lo que usted quiera, sí señor,  
pero son las palabras las que cantan,  
las que suben y bajan. . .*

Pablo Neruda

“Puentear, clavar el visto, pibardo, ¿qué onda? ¡Qué costumbre esta de andar inventando palabras! ¿Con qué necesidad?”. Si habremos escuchado estas frases a lo largo de nuestras vidas. Y a veces quizás también a alguno se nos ha escapado algo así, sobre todo cuando esas palabras “nuevas” nos resultan desconocidas y nos hacen sentir ajenos a un grupo al que queremos (tal vez inconscientemente) pertenecer. Pero imaginen que de pronto nos damos cuenta de que nos encontramos ante una situación que es parte de nuestra cotidianidad y, si bien la podemos describir, no tenemos una palabra para nombrarla. Pongamos por caso que estamos aprendiendo a remar en un kayak fino y en ese aprendizaje pasamos un tiempo sobre el kayak remando y otro rato en el agua nadando, porque esa línea que separa estar en el kayak o en el agua requiere de destrezas que lleva un tiempo incorporar. ¿Cómo podríamos nombrar esa experiencia sin nombre? ¿Les parece *reminadar*? Bien, *reminadar*,

entonces. Inventamos esa palabra y la empezamos a usar en la intimidad familiar primero (“Buenooo, me voy a reminadar un rato”), luego la compartimos con otras personas que viven esa experiencia (“¡Y sí... todos hemos reminadado en algún momento!”).

Es probable que, a medida que pasemos más tiempo sobre el kayak que nadando, es decir, a medida que empecemos a *reminadar* cada vez menos, esta palabra vaya desapareciendo de nuestro vocabulario. La cuestión es cómo hacer para que la palabra que acabamos de inventar llegue para quedarse. ¿Cualquiera inventa una palabra y esa palabra pasa a formar parte del léxico de una lengua? ¿Qué tiene que suceder para que una palabra sea incluida en un diccionario? ¿Cómo surgen las palabras y las expresiones que usamos y que muchas veces dejamos de usar para siempre? ¿Puede cambiar el significado de una expresión? ¿Cuándo deja de ser “nueva” una palabra nueva? ¿Qué podemos hacer para que la Real Academia Española reconozca el verbo *reminadar* y lo incluya en sus diccionarios? En este breve ensayo divulgativo vamos a intentar recorrer este tipo de preguntas y algunas otras.

El léxico de una lengua está formado por secuencias de sonidos que se vinculan con conceptos o significados. A veces esa relación arroja un objeto que llamamos palabra, como *pelota*, *engañapichanga* o *árbol*, y otras veces da como resultado una combinación de palabras, como *clavar el visto*, *darse manija* o *llave maestra*. Por ejemplo, la secuencia de sonidos /pelota/ nos lleva al concepto “elemento esférico que puede rebotar y se utiliza para diferentes juegos/deportes”... o algo por el estilo. Acá el resultado es lo que reconocemos intuitivamente como una palabra. Ahora bien, la secuencia de sonidos /dar pelota/ refiere al concepto “escuchar a alguien/algo, reparar en alguien/algo, hacerle caso a alguien”... o algo así, pero ahí reconocemos dos palabras: el verbo *dar* y el sustantivo *pelota*. Y si bien esta expresión tiene un origen relacionado al juego con la redonda, la caprichosa, el balón o como quieran llamarlo, no pensamos en eso cuando alguien nos reclama que *le demos pelota*. Y si alguien nos dice *dame la pelota* en lugar de *dame pelota* vamos a entender otra cosa.

Estas relaciones entre sonidos y conceptos forman parte del sector más dinámico de las lenguas si de cambios e innovaciones hablamos. Las lenguas experimentan cambios a lo largo del tiempo, por distintos factores, pero la variación a la que está sujeto el léxico es evidente para cualquiera de nosotros. Así es que, seguramente, cuando lean las ideas plasmadas en las próximas páginas, vendrán a sus mentes palabras y expresiones que se sumarán a los ejemplos que vayamos mostrando. Y hasta, quizás, inventamos palabras nuevas o conseguimos que se consolide nuestro recién creado *reminadar*...

## 2 | PARECE LO MISMO, PERO NO LO ES...

*No me gaste las palabras  
no cambie el significado  
mire que lo que yo quiero  
lo tengo bastante claro.*

Mario Benedetti

El escritor Mario Benedetti nos regala un inteligente poema en el que recupera una de las tantas cosas que les puede pasar a las palabras o expresiones a través del tiempo: que cambie la relación entre el concepto y la secuencia de sonidos con la que dicho concepto se vincula. Sería la versión en verso de la neolengua que

describe George Orwell en 1984. En ambos casos, hay una reflexión sobre los vínculos de poder que llevan a que las modificaciones de las que hablamos estén manipuladas con alguna finalidad de forma consciente.

Quizás la palabra que mejor representa esto es el adjetivo *normal* que deriva del sustantivo *norma*: según cuáles sean las reglas que se establecen dentro de una comunidad se considerarán ciertas conductas, formas de ser y maneras de pensar como “normales” o “anormales”. La palabra *normal* y todas las de su familia nos vienen del latín, que parece que la tomó del griego. En los textos latinos que se conservan de Cicerón y Horacio (siglo I antes de la era cristiana) se utiliza para referir a “modelos, preceptos o guías de comportamiento”.

Ante esto, resulta notable que la primera acepción del diccionario de la Real Academia Española sea “dicho de una cosa: que se halla en su estado natural”. Por lo demás, ese supuesto estado natural termina siendo definido a partir de la habitualidad (segunda acepción) y de ajustarse a ciertas normas fijadas de antemano (tercera acepción y la más parecida al sentido latino). Básicamente, quienes ejercen el poder determinan las normas de una sociedad y, dado que esas normas deben cumplirse, se vuelven habituales. Por ejemplo, hasta hace no mucho, solo se juraba por Dios y la Patria al recibir un título universitario y todos tenían que jurar por Dios y la Patria en esa situación (era obligatoriamente habitual). En el momento en el que alguien decide no hacerlo así, se considera que su conducta “no es normal”. Fíjense en este sencillo ejemplo lo lejos que quedó “el estado natural”: la noción de “patria” en el sentido del juramento surge con la formación de los estados-nacionales en el siglo XIX. A esa altura, la especie humana ya venía dando vueltas hacía rato...

Entonces, si bien podríamos pensar que el sentido más abstracto del concepto relacionado a la secuencia de sonidos /normal/ incluye las diferencias regulatorias que pueden establecerse en cada comunidad, el cambio de significado se da al incluir en este juego la idea de “estado natural”. Así, se pasa de entender como *anormales* las conductas disruptivas a lo establecido por un conjunto de leyes a asumir que esa conducta disruptiva lo es en tanto que se aleja de un estado natural propio del ser humano. Esto aparece claramente en cuestiones de género y creación de estereotipos: la prohibición de que las mujeres participaran en ciertos eventos/espacios públicos se justifica(ba) con argumentos de carácter biológico o psicológico (es decir, apelando a un estado natural). Con este puntapié, ustedes seguramente van a poder pensar en muchos ejemplos más.

Veamos otro caso en el que la conexión entre un concepto y una forma cambia, sin que eso esté determinado por voluntades atravesadas por relaciones de poder, como los casos mencionados antes. El *Diccionario Panhispánico de Dudas*, fuente inagotable de recursos para conocer las distintas variedades en las que hablamos, plantea lo siguiente en relación a la palabra *bizarro*: “Debe evitarse su empleo con el sentido de ‘raro o extravagante’, calco semántico censurable del francés y del inglés *bizarre*”. Ustedes, hablantes de nuestras variedades del español, se preguntarán qué pasó acá, porque ese es justamente el concepto que asociamos a la secuencia de sonidos escrita como *bizarro*. Pero este diccionario y todos los redactados en tierras con otras variedades recuperan para *bizarro* el significado de “valiente, esforzado” y reconocen que no es una palabra de uso popular, sino literario.

*Bizarro*, antes de llegar del francés y el inglés, pasa como préstamo del italiano *bizzarro*. Pero no se crean que las definiciones “aceptadas” para el español son muy fieles al préstamo, ya que en italiano refiere a “iracundo, furioso, fogoso”. Alguien con esas características no necesariamente es “valiente y esforzado”, ¿no? Lo más poético de todo es que el ejemplo que da el *Diccionario Panhispánico de Dudas* para el significado “censurable” es del libro *Una piñata llena de memoria* de Daniel Leyva, escritor mexicano, que dice: “—Es un nombre bizarro. —No cuando se ha nacido en Sídney y se es australiano”. En ese mismo sentido, podemos responderle al diccionario que el concepto de *bizarro* como “extraño” no es bizarro, cuando se ha nacido en estos pagos.

Las palabras *mina*, *cipayo*, *casta*, *cornuda*, *gato* y otras tantas pasan por este mismo proceso: una secuencia

de sonidos ve modificada su conexión con el concepto al que refiere. Como en todas las épocas, hay quienes se indignan por esa “degradación del lenguaje” (miren los comentarios cuando se reflexiona sobre estos términos, si no me creen), sin ser conscientes de que esto es algo que siempre sucedió en las lenguas y de que todos usamos cotidianamente expresiones que han experimentado este tipo de proceso. De hecho, varios de los insultos que emplean contra quienes incorporan estos usos son palabras que vivieron la misma historia, como nuestros argentinísimos *boludo*, *carajo* y *pelotudo*. Pueden buscar la historia de estas palabras como tarea para el hogar.

### 3 | NECESITO UNA PALABRA

*Escribo palabras,  
palabras sin dueño  
que esconden secretos  
y tejen los sueños.*

Liliana Cinetto

En la introducción inventamos la palabra *reminadar* para designar una experiencia que ya existía, pero que por alguna razón extralingüística se vuelve relevante asociarla a una secuencia de sonidos en particular. Hay muchísimas expresiones que surgen así, ya que hay procesos sociales, perspectivas ideológicas y vivencias que adquieren tal relevancia que precisan ser nombradas para destacarse. Pero no es que se invente cualquier cosa: hay propiedades del sistema lingüístico que entran en juego para el armado de estas secuencias y nos enseñan que muchas palabras podrían existir, pero no existen por otras razones. Por ejemplo, vemos que con el mismo recurso que *reminadar* [remar + nadar], encontramos *sentipensar* [sentir + pensar], popularizado por el querido Eduardo Galeano, que refiere al encuentro entre el sentimiento y la razón como aspecto central del acceso al conocimiento. Esa manera de formar palabras está presente también en *pelirrojo* [pelo + rojo], *coliflor* [col + flor], *maniatar* [mano + atar] y otras que no existen, pero potencialmente podrían existir.

Como decíamos, hay procesos sociales que precisan de términos más específicos para nombrar lo que siempre estuvo, pero que no tenía un nombre. La palabra *destrato*, por ejemplo, que no aparece registrada aún en los diccionarios de la Real Academia Española (RAE), se comenzó a utilizar hace no tanto tiempo en Argentina para nombrar una experiencia que afecta a las personas y que no cabe bajo la órbita de lo que designa la palabra *indiferencia* ni la palabra *maltrato*. También aquí reconocemos un proceso de formación propio del sistema a través de la prefijación de *des-*: *desmadre*, *despelote*, *desorden*. Y *maltratar* nos muestra que a *tratar* le podemos agregar un prefijo sin mayores problemas.

También como vimos con el caso de *bizarro*, las lenguas toman préstamos de otras lenguas. El historiador Daniel Balmaceda cuenta que *canoas* sería el primer préstamo por parte de una lengua americana a ese castellano del siglo XV. Escribe Balmaceda que, en su diario, el día 13 de octubre de 1492, Cristóbal Colón anota una descripción (“almadías, que son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo y todo de un pedazo”), que ya para el 1 de noviembre de ese año codifica con la palabra local *canoas*. Si bien el término técnico para designar la incorporación de palabras de otras lenguas es *préstamo*, nos cuesta un poco usarlo cuando el préstamo va de la mano con el robo: para que haya préstamo debe haber consentimiento y devolución, algo de lo que carece el *colonialismo* —palabra que no deriva del mentado Colón, aunque las vueltas de la vida hicieron que encontremos en ella la misma secuencia de sonidos—. Estas bromas de las lenguas son las que dan origen a

muchas “etimologías populares”.

En otros casos sí que hay nombres propios involucrados en la formación de palabras o expresiones. Justo en este número de *Quintú Quimiin* tenemos un artículo que trata sobre expresiones que designan comportamientos o experiencias a partir de nombres propios: *maradonearla*, *hacer la gran Moria*, etc. Pero detengámonos en algunos casos que nos resultan menos transparentes. Uno de mis preferidos es el verbo *boicotear*. Fíjense que no solo lo usamos para referir al evento de obstaculizar, sino para indicar que quien obstaculiza lo hace adrede y es alguien de quien no esperaríamos esa conducta. *Boicotear* viene del sustantivo *boicot* y como podrán imaginar por esa *t* al final, es un préstamo. La palabra es de origen inglés y nos llega con gran parte de su historia recorrida: ya en inglés se emplea como sustantivo y como verbo para hacer referencia a esta obstaculización particular. Pero su origen es el apellido de un tal Charles Boycott, quien en 1880 fue “boicoteado” por las protestas de parte de los que arrendaban unas tierras que él administraba de manera abusiva. Es decir, hubo una serie de medidas de protesta hacia Boycott tan particulares, que se ganaron su propia etiqueta.

La historia de *boicot* no es la única así, por supuesto. Pasó con *linchar*, *guillotina*, *birome*, *pasteurizar* y un largo etcétera que llevó a que las palabras surgidas a partir de nombres propios también recibieran un nombre: *epónimos*. Dice el Diccionario de la RAE: “Dicho de una persona o de una cosa: que tiene un nombre con el que se pasa a denominar una ciudad, una enfermedad, un concepto”. La historia de *boicot* y otros epónimos nos llevan a pensar en dos de las preguntas que nos hicimos en la introducción: ¿cómo es que una palabra inventada se difunde por fuera de un círculo particular? y ¿en qué momento una palabra nueva deja de ser nueva?

Muchos libros que narran la historia de una palabra omiten la parte de la difusión. Es decir, nosotros podemos inventar *reminander*, porque el sistema lingüístico nos da los mecanismos para crear esa forma, pero algo más tiene que pasar para que la palabra se vuelva popular. Hay distintas hipótesis y, por supuesto, los cambios en las formas de comunicación y el acceso a medios de difusión masivos abren nuevas variables. Las protestas hacia Charles Boycott se hicieron conocidas porque el propio personaje envió una carta al diario *The Times* contando lo que le sucedía y a partir de la respuesta de los lectores los periodistas del diario comenzaron a referirse a estos eventos como *boicot* (pueden encontrar más detalles en el libro de Balmaceda que citamos al final).

La enorme obra de William Labov sobre el cambio lingüístico nos enseña que los factores sociales son centrales para la difusión de innovaciones en las lenguas. Dentro de ellos, hay varias maneras de generar esa difusión: (a) de abajo hacia arriba, es decir se empieza a usar en un grupo y se va extendiendo hasta que su empleo es recogido por los diccionarios; (b) desde lenguas consideradas de prestigio hacia la propia, como sucedió con *covidiot* del inglés al *covidiota* del español allá por el 2020 o con muchas de las palabras que nombran realidades vinculadas a las nuevas tecnologías (*whatsappear*, *ghostear*, *stalkear*, etc.); o (c) a partir de la llegada que tienen ciertos personajes que se vinculan con clases sociales media-altas... fundamentalmente, comunicadores sociales en medios hegemónicos. Esto es lo que sucede en el caso de *The Times* para *boicot* o en Argentina con personajes como Marcelo Tinelli que en los noventa y los dos mil popularizó muchísimas expresiones. A diferencia de la difusión descrita en (a), que se expande como las ondas en el agua al arrojar una piedra, un modelo de difusión jerárquico como el de (c), muestra cómo funciona el entramado social y nos ofrece claridad para comprender mejor cuando el proceso se da en poco tiempo. Para algunos sociolingüistas, la aspiración de ascenso social hace que las mayorías incorporen ciertos términos promovidos desde los medios hegemónicos.

Las palabras o expresiones que surgen como innovaciones no necesariamente llegan para quedarse. De hecho, muchas de las que se usaban en los noventa a partir de los programas de Tinelli, como *goma* o *gomazo*, son ahora un recuerdo, y otras expresiones que se empleaban muchísimo quedaron desactualizadas al cambiar las tecnologías, como sucedió con el querido *te pego un tubazo* para referir a una llamada telefónica. Tanto el

surgimiento de expresiones como su difusión y su incorporación o pérdida se van dando de manera continua hasta que llega un momento en el que eso que nos llamaba la atención por “nuevo” (neologismo) empieza a pasar inadvertido entre todas las demás palabras o expresiones “tradicionales”.

Para cerrar esta sección relacionada con nombrar el mundo y los recursos que usamos para eso, me gustaría hablar de dos palabras: *ghostear* y *fantasmear*. *Fantasmear* está en nuestra variedad hace mucho y se forma a partir de convertir el sustantivo *fantasma* en un verbo. Este procedimiento es muy productivo: en español agregamos la terminación *-ar* o *-ear* a un sustantivo y ya tenemos nuestro verbo. De hecho, es lo mismo que sucede en *ghostear* (*ghost* + *-ear*). Lo divertido es que *ghost* es una palabra inglesa que significa “fantasma”. Sin embargo, *ghostear* y *fantasmear* no son sinónimos. El hecho de que designen realidades distintas y que, al menos en Argentina, *fantasmear* mantenga su vigencia como “alardear, presumir”, hizo que fuera necesario adoptar *ghostear* como préstamo y no como traducción para referirse al evento de “dar por terminada una relación de cualquier índole ignorando a la otra parte involucrada o cortando el contacto”. De hecho, en el *Diccionario Latinoamericano de la Lengua española* se deja aclarado que *ghostear* no es equivalente a *fantasmear*.

#### 4 | JUNTOS A LA PAR

*Tenemos palabras para vender,*

*palabras para comprar,*

*palabras para hacer palabras.*

*Busquemos juntos palabras para pensar.*

Gianni Rodari

Juntos a la par van los cambios que experimentan las sociedades en diferentes planos y las expresiones lingüísticas para nombrar esas nuevas realidades. Esto es, al menos, lo que sucede cuando la lengua en cuestión está en una situación de vitalidad y se utiliza en todas las dimensiones que forman parte de una comunidad. Pero ¿qué pasa si una lengua queda restringida a un dominio particular, como podría ser el ámbito familiar o el contexto rural (o al revés, se pierde en la cotidianidad, pero se emplea en el ámbito científico)? ¿Por qué sucede esto? ¿Tiene acaso que ver con las características de las lenguas o hay otras razones involucradas?

En el apartado anterior mencionamos algunos recursos de creación de palabras o expresiones, ya sea para referir a realidades existentes o para designar nuevas realidades que no habían sido previamente nombradas. Y hablamos también de que el recorrido de una palabra hasta popularizarse se va dando de manera gradual en la medida en que los hablantes la adoptan y la utilizan en una especie de acuerdo tácito. Además, como quien no quiere la cosa esbozamos tímidamente la idea de que hay palabras que podrían existir, pero que por razones ajenas a los sistemas lingüísticos no existen. Todo este paquete nos indica que hay cuestiones relacionadas con los sistemas lingüísticos, como por ejemplo, los mecanismos de las lenguas para formar nuevas palabras o expresiones, y otras cuestiones que son ajenas a esos sistemas, pero que afectan su productividad.

Veamos un ejemplo. Que en inglés sea productivo formar verbos a partir de sustantivos sin añadir morfología es una propiedad del sistema lingüístico. Ahora bien, que la mayoría de la terminología vinculada a las nuevas tecnologías, por tomar un ámbito, provenga del inglés, no tiene que ver con una particularidad de ese sistema lingüístico, sino con la hegemonía que adquiere en el siglo XX a partir de las relaciones de poder que se

establecen en ese “nuevo” orden mundial que consolidan las guerras. Y acá podemos volver un poco a la idea de la norma y el hábito de los que hablábamos antes: si la norma es escribir en inglés o poner como requisito de validación académica que todas las revistas científicas provean título, resumen y palabras clave en inglés, evidentemente lo “normal” será esta lengua. En consecuencia, será esa lengua la que podrá poner en acción todos los recursos de su sistema para la formación de palabras y expresiones nuevas que se vayan necesitando para nombrar esas realidades. Esto es lo que nos da la falsa idea de que el inglés es más versátil que lenguas como el mapuzugun, por ejemplo, para expresar ciertos conceptos científicos o tecnológicos.

El caso del latín clásico es muy interesante en este sentido. Como contamos en el capítulo “¿Para qué estudiar una lengua “muerta” como el latín?” (lo citamos al final), el latín va mutando a partir del contacto con las lenguas de los territorios invadidos por el imperio romano al punto de que, en el siglo VII, la lengua oral deja de parecerse a lo que conocemos como latín y más aún como latín clásico, que es el que podemos encontrar en las obras de Cicerón, Julio César y demás muchachos. Sin embargo, en su forma “culto y escrita” el latín se mantuvo inmutable durante siglos y fue la lengua de comunicación de la cultura occidental hasta finales de la Edad Media. Esto no tiene que ver con que el sistema lingüístico del latín ofreciera posibilidades que no permitían las demás lenguas de occidente, sino con *cómo y entre quiénes* se buscaba que circulara el conocimiento: si el latín no es una lengua que hable cualquier persona en su cotidianeidad, entonces el conocimiento transmitido en esa lengua será para unos pocos.

La otra cara de la misma moneda es que al dejar de transmitirse como lengua materna y pasar a ser aprendida en un contexto formal para usos específicos, quedó detenida en el tiempo mientras el mundo seguía cambiando. Por tanto, dejaron de aparecer de manera natural expresiones nuevas que pudieran transitar los procesos que contamos en los apartados anteriores. En la última sección vamos a volver sobre esto. Que no cunda la ansiedad.

Una tercera situación, distinta a la del inglés y a la del latín, es que la que se ha dado con lenguas como el mapuzugun, entre muchísimas otras que lamentablemente conforman una mayoría. El mapuzugun ha sufrido la opresión de los estados argentino y chileno —que, obviamente, han oprimido a sus hablantes en todos los sentidos posibles— y como consecuencia de ese accionar ha visto interrumpida la transmisión generacional y el uso cotidiano en cualquier ámbito. A diferencia del latín clásico que perduró durante siglos en el dominio académico, el mapuzugun se mantiene, en algunos casos, en el dominio familiar y en cierta cotidianeidad urbana y rural. Como lengua prohibida en las escuelas, en las que el conocimiento se transmite en español o en inglés, fueron vedadas las posibilidades de un desarrollo de vocabulario vinculado a la terminología disciplinar de los ámbitos académicos. Y también sucedió que, al no haber instancias cotidianas de socialización, los cambios en las sociedades de los que venimos hablando no fueron de la mano con la creación de palabras o expresiones para referir a estos.

Otra vez, factores extralingüísticos, como la opresión a una nación y a las variedades de su lengua, crean la ilusión de que el mapuzugun no tiene las propiedades necesarias para emplearse por fuera de los contextos en los que comúnmente se halla. Pero el problema, definitivamente, no tiene que ver con el sistema lingüístico. Los recursos que ofrece la gramática del mapuzugun permiten dar cuenta de cualquier evento, situación u objeto del mundo, en la disciplina que sea. El resumen en mapuzugun del estado del arte en el número 7(2) de *Quintú Quimün* es uno de los tantos ejemplos de que esto es posible.

## 5 | PERMÍTANME UNA ÚLTIMA PALABRA

*Se lo llevaron todo y nos dejaron todo. . . Nos dejaron las palabras.*

Pablo Neruda

En este periplo, estuvimos hablando de cómo los sistemas lingüísticos permiten la formación de palabras y expresiones. Si bien hay muchas posibilidades, las que surgen son aquellas que dan cuenta de aspectos destacables de la realidad que nos rodea. Las lenguas que se hablan en un territorio ecuatorial seguramente no tengan expresiones para nombrar diferentes características de la nieve, ya que esto no resulta relevante en ese entorno. Esto no implica que los sistemas lingüísticos correspondientes no cuenten con los mecanismos para dar cuenta de esas realidades que sí son parte de la cotidianeidad de las regiones polares. Y así sucede en todos los casos.

Las palabras surgen, se expanden y perduran por razones extralingüísticas, como pueden ser las características climáticas, las relaciones de poder, la especificidad disciplinar, los cambios tecnológicos, las maneras de abordar y compartir el conocimiento, y un largo etcétera. Cuando una lengua está en plena vitalidad, lo más común es que las palabras nuevas surjan y se difundan por consensos tácitos, bajo hipótesis como las que plantearon Labov y quienes se dedican a los estudios sociolingüísticos. Pero cuando la vitalidad se ve interrumpida o sesgada, como vimos para el latín y el mapuzugun, este proceso de empezar a nombrar otra vez precisa de un trabajo mucho más consciente por parte de quienes van pensando qué mecanismos y recursos del sistema pueden emplear. Y la difusión de esas innovaciones también adquiere otras características, porque en muchos casos no va desde el uso frecuente al análisis de la palabra, sino del análisis de la palabra que se propone, a la búsqueda de su puesta en uso de manera más general.

Wilfried Stroh, en su libro *El latín ha muerto, ¡Viva el latín!* y en sus charlas, nos cuenta de qué manera esa lengua anclada en el tiempo vuelve a ponerse en funcionamiento para nombrar un mundo con computadoras, teléfonos inteligentes, redes sociales, sentipensadores, covideados y mil cosas más<sup>1</sup>. Esta posibilidad la tiene también el mapuzugun y todas las lenguas de las naciones americanas preexistentes a la formación de los estados nacionales que impusieron el monolingüismo en español.

Que aparezcan nuevas expresiones y palabras no es para nada un síntoma de decadencia de una lengua, sino todo lo contrario. La lengua está viva en ese sistema que ofrece herramientas para nombrar las situaciones que una sociedad o un grupo identifica como relevantes en su cotidianeidad. Tal vez, podríamos corregir a Pablo Neruda en la frase que pusimos de epígrafe en esta sección, si pensamos en el mapuzugun y en la experiencia de revitalización que viene transitando. No es que nos dejaron las palabras, sino que no pudieron romper el sistema que nos permite construirlas.

<sup>1</sup>Pueden ver algo de eso acá: [https://www.vatican.va/roman\\_curia/institutions\\_connected/latinitas/documents/rc\\_latinitas\\_20040601\\_lexicon\\_it.html](https://www.vatican.va/roman_curia/institutions_connected/latinitas/documents/rc_latinitas_20040601_lexicon_it.html)



## | **Lecturas para ampliar**

Álvarez de Miranda, Pedro (2009). Neología y pérdida léxica. En E. De Miguel (ed.) *Panorama de la lexicología*. Barcelona: Ariel, 133- 158.

Álvarez Mellado, Elena (2016). *Anatomía de la lengua*. Molino de ideas. Barcelona: Larouse.

Balmaceda, Daniel (2020). *El apasionante origen de las palabras*. BsAs: Sudamericana.

Loncon Antilao, Elisa & Silvia Castillo Sánchez (2018). Neologismos en mapuzugun: palabras creadas en un proceso de enseñanza y de aprendizaje. *Literatura y Lingüística* 38: 195-312.

Mare, María (2021). ¿Para qué estudiar una lengua “muerta” como el latín?. En M. Mare (coord.) *¿Para qué lingüísticarla?*. Neuquén: EDUCO, 187- 204.

Stroh, Wilfried (2019) *El latín ha muerto, ¡viva el latín! Breve historia de una gran lengua*. Barcelona: Ediciones del subsuelo.

## | **Otras referencias y recursos mencionados**

Labov, William (1994). *Principles of Linguistic Change*, vol. 1: *Internal Factors*. Oxford: Blackwell.

Labov, William (2001). *Principles of Linguistic Change*, vol. 2: *Social Factors*. Oxford: Blackwell.

Mare, María (2023) Morfología Distribuida desde el sur del Sur. *Quintú Quimün*. Revista de lingüística 7(2), Q087, 1- 22.

Real Academia Española (2023). *Diccionario de la lengua española*. En línea: <https://dle.rae.es/>

Real Academia Española- Asociación de Academias de la Lengua (2005). *Diccionario Panhispánico de Dudas*. Madrid: Santillana.

Universidad Tres de Febrero. *Diccionario Latinoamericano de la lengua española*. Director: Daniel Link. Observatorio de Glotopolíticas. En línea: <http://diccionario.untref.edu.ar/>

## | **Foto de portada: *El Grumete***